

ANDRZEJ SZCZEKLIK

CATARSIS

SOBRE EL PODER CURATIVO
DE LA NATURALEZA Y DEL ARTE

PRÓLOGO DE
CZESŁAW MIŁOSZ

TRADUCCIÓN DEL POLACO
DE J. SŁAWOMIRSKI Y A. RUBIÓ

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Katharsis:*
O uzdrowicielskiej mocy natury i sztuki

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Andrzej Szczeklik. La traducción de *Catarsis*
se publica de acuerdo con Społeczny Instytut Wydawniczy ZNAK,
Cracovia (Polonia)

© de la traducción, 2010 by J. Sławomirski y A. Rubió

© de la imagen de cubierta y de los grabados, 2009 by ZNAK.

Imágenes diseñadas por Olgierd Chmielewski.

© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Todos los derechos reservados:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-92649-32-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 5015-2010

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CINTAS



*He aquí una red. Vieja como el mundo. Secular.
Cae desde el cielo a la tierra trazando círculos.
Envuelve todo lo que existe. Lo arropa.
Con su abrazo nos une, nos arrebujá con la necesidad.*

El nombre de la necesidad es Ananke. La obedecen todos, incluso los dioses del Olimpo. Ella es la única a quien Homero no dio la forma de una persona, por lo que los antiguos llegaron a dudar que tuviera rostro. Sólo mostró a su hija, la Moira, que hilaba el destino. En Hesíodo, las Moiras ya son tres: la primera hila en la rueca, la segunda vigila la longitud del hilo y la tercera acecha, tijeras en mano. Por encima de ellas, envuelta en un gran misterio, está la que Esquilo denomina «Moira fuerte» y cuyas sentencias son irrevocables: Ananke.

En Grecia, fueron muchos los que ponían en duda la

existencia de los dioses, pero nadie dudó nunca de la existencia de una red aún más poderosa que ellos. Y eso que era invisible. Su rastro titilante puede apreciarse en el firmamento bajo la forma de la Vía Láctea y también, fielmente reproducida en miniatura, alrededor de las caderas de Afrodita—«donde estaban fabricados todos sus hechizos»¹—. De este modo, la Vía Láctea—«arrojada como una faja sobre la oscuridad del cielo»²—se convirtió en una ilusión sobre el cuerpo de Afrodita. Como si «una suave faja de engaño se superpusiera al vínculo inflexible de la necesidad».³

Se ha conservado «el relato de un testigo ocular» que recorrió los senderos celestes y llegó al inicio de la red. Nos lo cuenta Er, el protagonista de una de las leyendas más hermosas, con la que termina *La república* de Platón. Le hicieron falta doce días para alcanzar un lugar desde donde se podía apreciar el Huso de la Necesidad. Se le apareció «la luz extendida a través del cielo y la tierra, luz recta como una columna y semejante, más que a ninguna otra, a la del arco iris, bien que más brillante y más pura».⁴ El huso estaba impulsado por ocho círculos cósmicos. En cada uno de ellos moraba una sirena. Al compás de las rotaciones de aquel huso cósmico, las ocho sirenas cantaban, «y de todas las voces [...] se formaba un acorde».⁵ Era allí donde

¹ Homero, *Ilíada*, XIV, 215, traducción de Emilio Crespo Güemes.

² Roberto Calasso, *Las bodas de Cadmo y Harmonía*, traducción de Joaquín Jordá, Barcelona, 1990, p. 96.

³ *Ibid.*

⁴ Platón, *La república*, X, 616a, traducción de José Manuel Pabón y Manuel Fernández-Galiano, Alianza, Madrid, 2000.

⁵ *Ibid.*

se afanaban las Moiras, las hijas de la inmaculada Necesidad. Ante ellas, las almas de los muertos que peregrinaban hacia el más allá echaban a suertes la reencarnación que les correspondería después del Juicio. Todo estaba inundado de una claridad que daba origen a la red luminosa.

La red enlaza el cielo con la tierra, y a los entes terrenales entre sí. Esta unión de todo con todo permanece oculta a nuestros ojos. Si los seres humanos pudiéramos ver la red a todas horas, no soportaríamos esta imagen. Enseguida nos enzarzaríamos en ella y acabaríamos muertos por asfixia. Su recuerdo vuelve sólo en los raros momentos de gracia. Esto ocurre cuando algo quebranta la costra de nuestra indiferencia y nos arranca de la monotonía laica, cuando aumenta la intensidad de la vida en cualquier dirección—«hacia el honor o la muerte, la victoria o el sacrificio, las bodas o la súplica, la iniciación o la posesión, la purificación o el luto, hacia todo lo que escuece y exige un significado»¹—. Una experiencia así puede tocar en suerte a cualquiera, como lo demuestra un maravilloso cuento irlandés. Un día, san Kevin rezaba arrodillado y con los brazos en cruz en Glendalough, un pueblo del montañoso condado de Wicklow. Al ver al santo sumido en plegarias, un mirlo se posó en uno de los brazos estirados, depositó sus huevos y empezó a hacer el nido, como si de una rama de árbol se tratase. Kevin permaneció inmóvil largas horas, días y semanas sin encoger el brazo, hasta que a los polluelos, que finalmente salieron de los huevos, les crecieron las

¹ R. Calasso, *op. cit.*, p. 255.

alas. «A despecho del sentido común, quedó fiel a la vida»,¹
«unido a ella por una red eterna».²

En las vísperas de las fiestas, unas cintas abigarradas ale-
tean al viento en los senderos y caminos de Polonia. Los
niños las atan a las ramas de los árboles y de los arbustos y
a la cúspide de las ermitas. También los griegos, hace miles
de años, adornaban con cintas el torso de los vencedores de
las olimpiadas, la proa de las naves y los brazos de las esta-
tuas para dar lustre a los momentos raros y festivos. ¿Qué
eran «estas vendas, estas cintas aladas y vanas?».³ Eran la
manifestación de la red en el mundo, el recordatorio de
nuestro destino común, de los lazos que lo unen todo con
todo, la exhibición de los hilos de la urdimbre que otorga
sentido a nuestra vida.

Vivimos en un universo cuyas capas más profundas están
formadas por una configuración de cuantos de energía. Las
estructuras cuánticas plasman la realidad en los niveles ató-
mico y subatómico, y lo hacen de una manera ajena a nues-
tra experiencia cotidiana y opuesta a las intuiciones, hijas
del sentido común. Las partes del sistema cuántico están
entrelazadas entre sí misteriosamente de tal modo que unas
saben de la existencia de las otras. La palabra «entrelaza-
das» (*entangled*) no es una figura retórica. En la física, es
un término técnico. El entrelazamiento del sistema cuántico

¹ Seamus Heaney, *Crediting Poetry*, Longherew, Gallery Press, 1995,
p. 20.

² S. Heaney, «St Kevin and the blackbird», en *The Spirit Level*, Fa-
ber & Faber, Londres, 1996, p. 24.

³ R. Calasso, *op. cit.*, p. 256.

tico significa que éste forma una unidad perfecta y que incluso la manipulación más delicada de cualquiera de sus elementos repercute enseguida en la totalidad. «Independientemente de la distancia que los separe en el espacio, dos fotones pueden formar un sistema entrelazado incluso encontrándose en dos extremos opuestos de un supercúmulo de galaxias».¹ Es como si una red eterna hubiera envuelto el mundo de los cuantos; la misma que envuelve, arropa y arrebujá con la necesidad.

La etimología nos enseña que en el nombre Ananke resuenan también las ideas de «constricción» y «parentela».² Tal vez la palabra «vínculos» ilustre bien este doble sentido semántico. En cambio, otros consideran que la voz *ananké* es próxima a la expresión «tomar en brazos».³ Esta duplicidad, o incluso contradicción, queda reflejada en la red de la Necesidad que se estrecha irremediable e inevitablemente alrededor del hombre cuando el mundo se hace añicos, cuando huye en todas direcciones. Pero la opresión de la red se afloja cuando descubrimos los vínculos que nos unen a otra gente, y su hilo se convierte en un hilo de entendimiento, simpatía y confianza. Esto puede ocurrir de improviso y entonces recuerda el salto de una chispa entre dos electrodos o el destello de una metáfora que acopla palabras de significado muy distinto. El fulgor desvela el

¹ M. Heller, *Kosmologia kwantowa*, Prószyński i S-ka, Varsovia, 2001, p. 11.

² R. Calasso, *op. cit.*, p. 94.

³ P. Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, A.-K. Klincksieck, París, 1968, p. 83.

parentesco, y la red saca a relucir todas las estrellas de la Vía Láctea. La medicina es la búsqueda de este parentesco. En cualquier profesión se producen situaciones esenciales que descubren su naturaleza más profunda. En la medicina, tal situación es el encuentro entre dos personas: el enfermo y el médico. El enfermo puede ser una campesina de las montañas que no ha puesto el pie en un hospital hasta pasados los ochenta. ¡Cuántas cosas la sorprenderán y, a veces, hasta le parecerán ridículas! ¡A cuántas temerá tanto como a la enfermedad que la ha llevado allí! Otras veces, el enfermo es una persona que vemos fugazmente en el ambulatorio y que lleva el lastre de muchos contactos decepcionantes con la medicina. La gente cambia y también cambia el escenario—urgencias, un ambulatorio, una consulta privada o una sala de hospital—, pero la situación es siempre la misma: un encuentro entre dos personas, el enfermo y el médico.

El enfermo acude con su dolor, su aflicción, su sufrimiento y su temor, y pide socorro. Naturalmente, sólo raras veces lo hace a gritos. Su petición de ayuda puede adoptar varias formas: la verborrea que oculta el miedo o un rostro impertérrito detrás del cual se esconde la desconfianza en los médicos. Y el enfermo habla. Hay que escucharle, hay que oír su historia. Y de vez en cuando, es necesario hacerle una pregunta para impedir que pierda el hilo, aclarar un detalle importante o determinar la cronología. Para el narrador, su historia es lo más importante del mundo. Y el oyente nunca debe olvidar que alguna de las historias que escucha será la suya un día u otro, porque alguna de las enfermedades le

caerá en suerte también a él. ¿Sabrá entonces reconocerla? Un médico bisoño cada dos por tres sospecha que está afectado por las dolencias que le relatan los pacientes. ¿Y un médico experimentado? Tiene más posibilidades de hacer un autodiagnóstico correcto, suponiendo que su experiencia, ese «faro en la costa hacia donde el hombre dirige sus pasos al nublarse el cielo»,¹ no se convierta en «el algo-dón en los oídos contra el lamento humano».²

Los médicos llaman anamnesis a la primera conversación con el enfermo, a la recogida de datos sobre la dolencia, al interrogatorio médico. De esta manera, evocan a Platón. Y, si bien la anamnesis platónica tenía un matiz algo diferente y un significado más profundo, no deja por ello de ser el método de conocimiento más importante y original, al igual que en el arte de curar, donde es primordial para el reconocimiento de la enfermedad.

Para Platón, la anamnesis era un conocimiento previo que se anticipaba a la percepción. ¿Acaso no ocurre así en la medicina? Antes de que el médico empiece a «percibir»—antes de que explore, percuta y ausculte, es decir, antes de que haga lo que llamamos examen físico—escucha una historia del pasado. Con una palabra oportuna ayuda a que salga a la luz un conocimiento que es una reminiscencia de algo que sucedió hace tiempo. Debe sentir curiosidad por oír la historia para que el enfermo note, tal vez por primera vez en su vida, que alguien está realmente interesa-

¹ J. Słowacki, «Beniowski», I, 68, en *Dzieła wszystkie*, t. V, p. 56.

² *Ibid*, I, 70.